

Cuaderno  
de

*Lectura*

No. **1**

Cuaderno de lectura No.1 / Comité editorial, Juan Felipe Córdoba Restrepo, Silvia Castrillón, María Osorio. -- Segunda edición. -- Bogotá : Editorial Universidad del Rosario, 2019.

75 páginas.

Incluye referencias bibliográficas.

1. Promoción de lectura 2. Comprensión de lectura -- Artículos de revista 3. Lectura -- Artículos de revista I. Córdoba Restrepo, Juan Felipe. II. Castrillón, Silvia. III. Osorio, María. IV. Universidad del Rosario. V. Título.

028.9

SCDD 20

Catalogación en la fuente -- Universidad del Rosario. CRAI

SANN

Abril 3 de 2019



Universidad del  
**Rosario**



© Editorial Universidad del Rosario

© Universidad del Rosario

Segunda edición: Bogotá, D.C., abril de 2019

Primera edición: Asolectura. Bogotá, D.C., mayo de 2002

ISBN: 978-958-784-226-5 (impreso)

ISBN: 978-958-784-227-2 (pdf)

DOI: doi.org/10.12804/cl9789587842265

#### Comité Editorial

Juan Felipe Córdoba Restrepo

Silvia Castrillón

María Osorio

#### Coordinación editorial

Editorial Universidad del Rosario

#### Diseño y diagramación

María Paula Berón

#### Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.

Hecho en Colombia

*Made in Colombia*



# Presentación

A leer se aprende leyendo, es una verdad que a veces olvidamos, especialmente cuando pedimos fórmulas y recetas que faciliten la tarea de formar lectores, que lo único que buscan es, al final de cuentas, liberar al docente y al bibliotecario –las dos personas que tienen en sus manos los espacios fundamentales de formación de lectores: la escuela y la biblioteca– de la responsabilidad de ser lectores.

Muchas personas se han referido a este punto para plantear que no existen métodos infalibles para enseñar a leer y a escribir y que lo único que podría garantizar mejores resultados, es decir, lectores que hagan uso de la lectura a lo largo de su vida y para fines que tengan que ver con mejorar sus condiciones como seres humanos, es creando condiciones que permitan a quienes aprenden, descubrir el valor que para sus vidas tiene la lectura, lo cual se consigue siendo lectores, leyendo, y estando acompañados de una oferta de libros que no necesariamente tiene que ser numerosa pero sí de muy buena calidad.

Pero también es necesario adelantar de manera permanente una reflexión acerca de nuestro quehacer cotidiano, de las razones por las cuales creemos necesario colaborar en el propósito de que otros se vuelvan lectores, del valor y la necesidad de la escritura, de la oposición que se ha venido planteando entre los libros y las nuevas tecnologías y de la importancia de la literatura y de la calidad de las lecturas, entre otros temas.

Se presenta en el primer número de Cuaderno de Lectura, una selección de textos acerca de la lectura y la escritura, cuyos autores, escritores de literatura, filósofos, pensadores o especialistas, desde diferentes posturas, han pensado estos temas.

*Silvia Castrillón*

# Contenido

7

LA LITERATURA EN EL FURGÓN DE COLA  
Santos Alonso

17

EL LIBRO

Jorge Luis Borges

31

LO QUE ENTREGAN LOS LIBROS  
William Ospina

45

¡ESO ES LA PEDAGOGÍA!

Alexander Calandra

49

EL NEGOCIO DE LEER

Pedro Lain Entralgo





menos lucrativos pero esenciales para el espíritu. Mas aún, incluso las manifestaciones culturales sólo son presentadas a los ciudadanos si cumplen con la misión que les ha sido encomendada, la de adornos del poder, necesitado, por otra parte, de su barniz de prestigio para tapar o disimular otros defectos o para exhibir un planificado e interesado patrocinio cultural que tranquilice las ansias de consumo en los mismos ciudadanos. Conseguidos estos propósitos, es decir, la imagen de un poder político preocupado por las apetencias culturales del ciudadano y la satisfacción de todos por el acceso a la cultura de moda, lo demás está permitido. Está permitido, por ejemplo, que un nuevo despotismo, no ilustrado ciertamente, sino económico, establezca desde arriba las pautas educativas para que niños y jóvenes planifiquen su futuro con unas metas y objetivos únicamente materiales que les permitan una vida holgada, repleta de aparatos y botoncitos, aunque el resto de la humanidad se destrozase entre guerras, hambres y epidemias. Esto sólo será posible, y al decirlo se les llena la boca a los políticos, mediante las nuevas tecnologías, los nuevos títulos universitarios (que nadie hasta ahora ha explicado para qué sirven) por otra parte y una nueva formación profesional que cree técnicos medios al servicio de las clases dirigentes, cada vez más minoritarias, entre las que ellos se encuentran.





cabría desear y así lo corrobora el hecho de que el número de alumnos en todas las facultades de letras de algunas universidades españolas no supere la cifra de cincuenta, mientras hay tortas para entrar en los centros de carreras técnicas. Esta es la tendencia consecuente con el modelo establecido. En el vacío de la sordera colectiva caen indefectiblemente las escasas voces de alarma que reclaman una mayor humanización de la sociedad y un mayor respeto a la condición humana. Poco les importa a las autoridades académicas y ministeriales, con sus políticas de proclamado progresismo, la deserción humanística de los estudiantes si como contrapartida les colocan ante los ojos el espejismo del bienestar. Ahora bien, tal vez nadie se ha parado a pensar dónde reside realmente el progreso, si en el poder adquisitivo de bienes materiales o en la consideración irrenunciable del ser humano como persona, o lo que es igual, como individuo racional y libre. La triste verdad es que, cuantos más medios tecnológicos acarrea la presente revolución industrial, menor espacio le queda a la libertad. El ciudadano, consciente o inconscientemente, acepta de buen grado la reducción de su parcela de pensamiento y acción libres. ¿Acaso es libre el ciudadano para elegir su forma de vida, de comportamiento en el comer y el vestir, o su futuro profesional, cuando los medios de comunicación presionan sobre él de tal manera para que escoja unas actividades útiles y beneficiosas, en lugar de otras cada vez más marginadas, o cuando los sistemas educativos actuales sólo proponen unos

estudios determinados y reducen o eliminan otros, los humanísticos por supuesto, impidiendo a los estudiantes unas preferencias legítimas porque, se supone, “no sirven para nada”? La conclusión debe ser clara y contundente: ha de haber sitio para todos y para todas las opciones, porque si legítimas son las aspiraciones de unos para elegir nuevas titulaciones o nuevos estudios tecnológicos, también lo son las de quienes desean libremente dedicar su vida a las disciplinas humanísticas, que, mientras no se demuestre lo contrario, son las únicas, tanto hoy como a lo largo de la Historia, capaces de salvar a la humanidad de calamidades tan peligrosas como el irracionalismo, el fanatismo, la esclavitud de todo tipo o el materialismo brutal. No parece, sin embargo, que las aguas discurran por esos cauces; antes al contrario, cada vez es mayor el desprecio colectivo por las humanidades. Tanto es así que puede afirmarse como cierta la indefensión de todos los que aún creen en ellas, un grupo minoritario (según la impresión generalizada) que acabará convirtiéndose, si no lo es ya, en un minúsculo ejército de resistencia que lucha por los valores del espíritu, o en el peor de los casos, en una reserva marginal y molesta, en un *gueto* apestados que, como sucede con los fumadores, pueden contaminar a los demás, éstos con el humo de sus cigarros y aquellos con ideas peligrosas para el buen orden establecido. Si el pensamiento ha sido siempre el enemigo de las dictaduras, también parece serio para el nuevo despotismo económico.

## La literatura en la mira

El peligro de la literatura reside en que también ayuda a pensar y, por tanto, debe ser sacrificada junto con las demás disciplinas humanísticas. Poco falta para su sacrificio, pues de motor del pensamiento y la libertad entre todos la vamos convirtiendo en un lujo social que adorna el prestigio de los triunfadores y hace bonita su imagen pública. Sería demasiado simple buscar responsabilidades entre los profesores y los alumnos: la situación actual de la literatura escapa de sus manos, de sus recursos y de sus buenas voluntades, ya que es el fruto de una consciente marginación en los propios sistemas educativos que, como contrapeso, insisten en la mayor importancia del estudio de la lengua, en cuanto a materia subsidiaria y fundamental, en un mundo en que se multiplican los lenguajes, las comunicaciones y los códigos informáticos. De este modo hemos desembocado en un desánimo evidente. El mal que aqueja a la enseñanza de la literatura no es consecuencia de una inapropiada metodología pedagógica, ya que nunca, como en las promociones de profesores de los últimos veinte o treinta años, se habían extremado los esfuerzos por transmitir a los estudiantes los sentidos posibles de la obra literaria. Los profesores actuales, salvo excepciones todavía ancladas en el pasado memorístico que siguen leyendo los apuntes en clase, son conscientes de que para enseñar literatura no es suficiente amarla, sino también reflejar ese amor en las aulas y transmitirlo a los alumnos. Los buenos profesores de literatura, que hay muchos, ponen todo su empeño en seducir con su palabra y





Los medios para su providencia no son, como cabría esperar, la vigilancia y denuncia de la mediocridad pedagógica, que también la hay, sino la represión a los profesores, que trabajan y exigen, por el número de suspensos. Para ellos, las causas del fracaso escolar no residen en el funcionamiento de la enseñanza, sino en el número de suspensos de cada profesor. Aun así, hay dos tipos de suspensos, los de letras y los de ciencias. Un inspector no amonesta a un profesor de matemáticas o de física por el cómputo de suspensos. Son suspensos razonables que no sorprenden a nadie, ni a los alumnos ni a los padres, y mucho menos a la inspección. En cambio, puede poner el grito en el cielo si los suspensos son en literatura. No parece coherente para la inspección que un alumno suspenda en una materia tan superflua como la literatura. El profesor de literatura, en el modelo actual de sociedad, tiene suficiente con subsistir; su cometido en la enseñanza viene a ser el de un animador cultural que, aparte de entretener con cuentos y versos a los alumnos, les proporcione un lustre cultural que tampoco estorba y queda bien; pero de ahí a exigir esfuerzo y trabajo o suspender hay un gran trecho. Estaría bueno, parecen pensar los responsables políticos educativos, que el fracaso escolar dependiera de asignaturas como la literatura. Un profesor que sólo pretenda hablar de literatura a sus alumnos, compartir con ellos la rica herencia española y, por supuesto, rendir cuentas del trabajo común, ha de sacrificar esfuerzos, por desgracia, en otros frentes y batallas que ni le van ni le vienen. Pero la batalla más importante parece ya perdida;









Los infinitos libros. Si de todos  
No quedara uno solo, volverían  
A engendrar cada hoja y cada línea,  
Cada trabajo y cada amor de Hércules,  
Cada lección de cada manuscrito.  
En el siglo primero de la Hégira,  
Yo, aquel Omar que sojuzgó a los persas  
Y que impone el Islam sobre la tierra,  
Ordeno a mis soldados que destruyan  
Por el fuego la larga Biblioteca,  
Que no perecerá. Loados sean  
Dios que no duerme y Muhammad,  
Su Apóstol.

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.

En *César y Cleopatra* de Shaw, cuando se habla de la biblioteca de Alejandría se dice que es la memoria de la humanidad. Eso es el libro. Y es algo más también, la imaginación. Porque, ¿qué es nuestro pasado sino una serie de sueños? ¿Qué diferencia puede haber entre recordar sueños y recordar el pasado? Esa es la función que realiza el libro.

Yo he pensado, alguna vez, escribir una historia del libro. No desde el punto de vista físico. No me interesan los libros físicamente sobre todo los libros de los bibliófilos, que suelen ser desmesurados, sino las diversas valoraciones que el libro ha recibido. He sido anticipado por

Spengler, en su *Decadencia de Occidente*, donde hay páginas preciosas sobre el libro. Con alguna observación personal, pienso atenerme a lo que dice Spengler. Los antiguos no profesaban nuestro culto del libro –cosa que me sorprende–; veían en el libro un sucedáneo de la palabra oral.

Aquella frase que se cita siempre: *Scripta maner verba volat* no significa que la palabra oral sea efímera, sino que la palabra escrita es algo duradero y muerto. En cambio, la palabra oral tiene algo de alado, de liviano; *alado y sagrado*, como dijo Platón. Todos los grandes maestros de la humanidad han sido, curiosamente, maestros orales. Tomaremos el primer caso: Pitágoras. Sabemos que Pitágoras no escribió deliberadamente. No escribió porque no quiso atarse a una palabra escrita. Sintió, sin duda, aquello de que *la letra mata y el espíritu vivifica*, que vendría después en la Biblia. Él debió sentir eso, no quiso atarse a una palabra escrita; por eso Aristóteles no habla nunca de Pitágoras, sino de los pitagóricos.

Nos dice, por ejemplo, que los pitagóricos profesaban la creencia, el dogma del eterno retorno, que muy tardíamente descubriría Nietzsche. Es decir, la idea del tiempo cíclico, que fue refutada por San Agustín en *La ciudad de Dios*. San Agustín dice con una hermosa metáfora que la cruz de Cristo nos salva del laberinto circular de los estoicos. La idea de un tiempo cíclico fue rozada también por Hume, por Blanqui... y por tantos otros. Pitágoras no escribió voluntariamente, quería que su pensamiento viviese más allá de su muerte corporal, en la mente de sus discípulos. Aquí

vino aquello de (yo no sé griego, trataré de decirlo en latín) *Magister dixit* (el maestro lo ha dicho). Esto no significa que estuvieran atados porque el maestro lo había dicho; por el contrario, afirma la libertad de seguir pensando el pensamiento inicial del maestro. No sabemos si inició la doctrina del tiempo cíclico, pero si sabemos que sus discípulos la profesaban. Pitágoras muere corporalmente y ellos, por una suerte de trasmigración –esto le hubiera gustado a Pitágoras– siguen pensando y repensando su pensamiento, y cuando se les reprocha el decir algo nuevo, se refugian en aquella fórmula: el maestro lo ha dicho (*Magister dixit*).

Pero tenemos otros ejemplos. Tenemos el alto ejemplo de Platón, cuando dice que los libros son efigies (puede haber estado pensando en esculturas o en cuadros), que uno cree que están vivas, pero si se les pregunta algo no contestan. Entonces, para corregir esa mudez de los libros, inventa el diálogo platónico.

Es decir, Platón se multiplica en muchos personajes: Sócrates, Gorgias y los demás. También podemos pensar que Platón quería consolarse de la muerte de Sócrates pensando que Sócrates seguía viviendo. Frente a todo problema él se decía: ¿qué hubiera dicho Sócrates de todo esto? Así, de algún modo, fue la inmortalidad de Sócrates, quien no dejó nada escrito, y también un maestro oral.

De Cristo sabemos que escribió una sola vez algunas palabras que la arena se encargó de borrar. No escribió otra cosa que sepamos.

El Buda fue también un maestro oral; quedan sus prédicas. Luego tenemos una frase de San Anselmo:

*Poner un libro en manos de un ignorante es tan peligroso como poner una espada en manos de un niño.*

Se pensaba así de los libros. En todo oriente existe aún el concepto de que un libro no debe revelar las cosas; un libro debe, simplemente, ayudarnos a descubrirlas. A pesar de mi ignorancia del hebreo, he estudiado algo de la *Cábala* y he leído las versiones inglesas y alemanas del *Zohar* (El libro del esplendor), *El Séfer Yezíra* (El libro de las relaciones). Sé que esos libros no están escritos para ser entendidos, están hechos para ser interpretados, son acicates para que el lector siga el pensamiento. La antigüedad clásica no tuvo nuestro respeto del libro, aunque sabemos que Alejandro de Macedonia tenía bajo su almohada *La Iliada* y la espada, esas dos armas. Había gran respeto por Homero, pero no se lo consideraba un escritor sagrado en el sentido que hoy le damos a la palabra. No se pensaba que *La Iliada* y *La Odisea* fueran textos sagrados, eran libros respetados, pero también podían ser atacados.

Platón pudo desterrar a los poetas de su República sin caer en la sospecha de herejía. De estos testimonios de los antiguos contra el libro podemos agregar uno muy curioso de Séneca. En sus admirables epístolas a Lucilio hay una dirigida contra un individuo muy vanidoso, de quien dice que tenía una biblioteca de cien



volúmenes; y quién –se pregunta Séneca– puede tener tiempo para leer cien volúmenes. Ahora, en cambio, se aprecian las bibliotecas numerosas.

En la antigüedad hay algo que nos cuesta entender, que no se parece a nuestro culto del libro. Se ve siempre en el libro a un sucedáneo de la palabra oral, pero luego llega al oriente un concepto nuevo, del todo extraño a la antigüedad clásica: el del libro sagrado. Vamos a tomar dos ejemplos, empezando por el más tardío: los musulmanes. Estos piensan que el *Corán* es anterior a la creación, anterior a la lengua árabe; es uno de los atributos de Dios, no una obra de Dios; es como su misericordia o su justicia. En el *Corán* se habla en forma asaz misteriosa de la madre del libro. La madre del libro es un ejemplar del *Corán* escrito en el cielo. Vendría a ser el arquetipo platónico del *Corán*, y ese mismo libro –lo dice el *Corán*–, ese libro está escrito en el cielo, que es atributo de Dios y anterior a la creación. Esto lo proclaman los *sulems* o doctores musulmanes.

Luego tenemos otros ejemplos más cercanos a nosotros: la Biblia o, más concretamente, la *Torá* o el Pentatéuco. *Se considera que esos libros fueron dictados por el Espíritu Santo. Esto es un hecho curioso: la atribución de libros de diversos autores y edades a un solo espíritu; pero en la Biblia misma se dice que el Espíritu sopla donde quiere. Los hebreos tuvieron la idea de juntar diversas obras literarias de diversas épocas y de formar con ellas un solo libro cuyo título es Torá (Biblia en griego).*

Todos estos libros se atribuyen a un solo autor: el Espíritu.

A Bernard Shaw le preguntaron una vez si creía que el Espíritu Santo había escrito la *Biblia*. Y contestó:

*Todo libro que vale la pena de ser releído ha sido escrito por el Espíritu.*

Es decir, un libro que tiene que ir más allá de la intención de su autor. La intención del autor es una pobre cosa humana, falible, pero en el libro tiene que haber más. *El Quijote*, por ejemplo, es más que una sátira de los libros de caballería. Es un texto absoluto en el cual no interviene, absolutamente para nada, el azar.

Pensemos en las consecuencias de esta idea. Por ejemplo, si yo digo:

*Corrientes aguas, puras, cristalinas, árboles  
que os estáis mirando en ellas verde prado,  
de fresca sombra lleno.*

Es evidente que los tres versos constan de once sílabas. Ha sido querido por el autor, es voluntario.

Pero, qué es eso comparado con una obra escrita por el Espíritu, qué es eso comparado con el concepto de la Divinidad que condesciende a la literatura y dicta un libro. En ese libro nada puede ser casual, todo tiene que estar justificado, tienen que estar justificadas las letras. Se entiende, por ejemplo, que el principio de la *Biblia*: *Bereshit baraelohim* comienza con una B porque eso corresponde a *bendecir*. Se trata de un libro en el que nada es casual, absolutamente nada. Eso nos lleva a la Cábala, nos lleva al



estudio de las letras, a un libro sagrado dictado por la divinidad que viene a ser lo contrario de lo que los antiguos pensaban. Estos pensaban en la musa de modo bastante vago.

*Canta, musa, la cólera de Aquiles:* dice Homero al principio de *La Ilíada*. Ahí, la musa corresponde a la inspiración. En cambio, si se piensa en el Espíritu, se piensa en algo más concreto y más fuerte: Dios, que condesciende a la literatura. Dios, que escribe un libro; en ese libro nada es casual: ni el número de las letras, ni la cantidad de sílabas de cada versículo, ni, el hecho de que podamos hacer juegos de palabras con las letras, de que podamos tomar el valor numérico de las letras. Todo ha sido ya considerado.

El segundo gran concepto de libro – repito– es que pueda ser una obra divina. Quizá esté más cerca de lo que nosotros sentimos ahora que de la idea del libro que tenían los antiguos: es decir, un mero sucedáneo de la palabra oral. Luego decae la creencia en un libro sagrado y es remplazado por otras creencias. Por aquella, por ejemplo de que cada país está representado por un libro. Recordemos que los musulmanes denominan a los israelitas, *la gente del libro*, recordemos aquella frase de Heinrich Heine sobre aquella nación cuya patria era un libro: la *Biblia*, los *judíos*. Tenemos entonces un nuevo concepto, el de que cada país tiene que ser representado por un libro; en todo caso por un autor que puede ser de muchos libros.

Es curioso –no creo que esto haya sido observado hasta ahora– que los países hayan

elegido individuos que no se parecen demasiado a ellos. Uno piensa, por ejemplo, que Inglaterra hubiera elegido al doctor Johnson como representante; pero no, Inglaterra ha elegido a Shakespeare, y Shakespeare es –digámoslo así– el menos inglés de los escritores ingleses. Lo típico de Inglaterra es el *understatement*, es el decir un poco menos de las cosas. En cambio, Shakespeare tendía a la hipérbole en la metáfora, y no nos sorprendería nada que Shakespeare hubiera sido italiano o judío, por ejemplo.

Otro caso es el de Alemania; un país admirable, tan fácilmente fanático, elige precisamente a un hombre tolerante, que no es fanático, y a quien no le importaría demasiado el concepto de patria; elige a Goethe.

En Francia no se ha elegido a un autor, pero se tiende a Hugo. Desde luego, siento una gran admiración por Hugo, pero Hugo no es típicamente francés. Hugo es extranjero en Francia; Hugo, con esas grandes decoraciones, con esas vastas metáforas, no es típico de Francia.

Otro caso aún más curioso es el de España. España podría haber sido representada por Lope, por Calderón, por Quevedo. Pues no, España está representada por Miguel de Cervantes. Cervantes es un hombre contemporáneo de la Inquisición, pero es tolerante, es un hombre que no tiene ni las virtudes ni los vicios españoles. Es como si cada país pensara que tiene que ser representado por alguien distinto, por alguien que puede ser, un poco, una suerte de remedio, una suerte de triaca, una suerte de contraveneno de sus defectos. Nosotros hubiéramos podido elegir el *Facundo* de Sarmiento, que es nuestro



libro, pero no; nosotros con nuestra historia militar, nuestra historia de espada, hemos elegido como libro la crónica de un desertor, hemos elegido el *Martín Fierro*, que si bien merece ser elegido como libro, ¿cómo pensar que nuestra historia está representada por un desertor de la conquista del desierto? Sin embargo, es así; como si cada país sintiera esa necesidad.

Sobre el libro han escrito de un modo tan brillante tantos escritores. Yo quiero referirme a unos pocos. Primero me referiré a Montaigne, que dedica uno de sus ensayos al libro. En ese ensayo hay una frase memorable: *No hago nada sin alegría*.

Montaigne apunta a que el concepto de lectura obligatoria es un concepto falso. Dice que si él encuentra un pasaje difícil en un libro, lo deja; porque ve en la lectura una forma de felicidad. Recuerdo que hace muchos años se realizó una encuesta sobre qué es la pintura. Le preguntaron a mi hermana Norah y contestó que la pintura es el arte de dar alegría con formas y colores. Yo diría que la literatura es también una forma de alegría. Si leemos algo con dificultad, el autor ha fracasado. Por eso considero que un escritor como Joyce, ha fracasado esencialmente, porque su obra requiere un esfuerzo.

Un libro no debe requerir un esfuerzo, la felicidad no debe requerir un esfuerzo. Pienso que Montaigne tiene razón. Luego enumera los autores que le gustan. Cita a Virgilio, dice preferir *las Geórgicas* a *la Eneida*; yo prefiero *la Eneida*, pero eso no tiene nada que ver. Montaigne habla de los libros con pasión, pero dice que aunque los libros son una felicidad, son, sin embargo, un placer lánguido.





releer se necesita haber leído. Yo tengo ese culto del libro. Puedo decirlo de un modo que puede parecer patético y no quiero que sea patético; quiero que sea como una confidencia que les realizo a cada uno de ustedes; no a todos, pero sí a cada uno, porque todos es una abstracción y cada uno es verdadero.

Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros, yo sigo llenando mi casa de libros. Los otros días me regalaron una edición de 1966 de la *Enciclopedia de Brokhaus*. Yo sentí la presencia de ese libro en mi casa, la sentí como una suerte de felicidad. Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no puedo leer, con los mapas y grabados que no puedo ver; y sin embargo, el libro estaba ahí. Yo sentía como una gravitación amistosa del libro. Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres.

Se habla de la desaparición del libro; yo creo que es imposible. Se dirá qué diferencia puede haber entre un libro y un periódico o un disco.

*La diferencia es que un periódico se lee para el olvido, un disco se oye a sí mismo para el olvido, es algo mecánico y por lo tanto frívolo. Un libro se lee para la memoria.*

El concepto de un libro sagrado, del Corán o de la Biblia, o de los *Vedas* –donde también se expresa que los *Vedas* crean el mundo–, puede haber pasado, pero el libro tiene todavía cierta

santidad que debemos tratar de no perder. Tomar un libro y abrirlo guarda la posibilidad del hecho estético ¿Qué son las palabras acostadas en un libro? ¿Qué son esos símbolos muertos? Nada absolutamente. ¿Qué es un libro si no lo abrimos? Es simplemente un cubo de papel y cuero, con hojas; pero si lo leemos ocurre algo raro, creo que cambia cada vez. Heráclito dijo (lo he repetido demasiadas veces) que nadie baja dos veces al mismo río. Nadie baja dos veces al mismo río porque las aguas cambian, pero lo más terrible es que nosotros somos no menos fluidos que el río. Cada vez que leemos un libro, el libro ha cambiado, la connotación de las palabras es otra. Además los libros están cargados de pasado. He hablado en contra de la crítica y voy a desdecirme (pero qué importa desdecirme). Hamlet no es exactamente el Hamlet que Shakespeare concibió a finales del siglo XII, Hamlet es el Hamlet de Coleridge, de Goethe y de Bradley. Hamlet ha sido renacido. Lo mismo pasa con el Quijote. Igual sucede con Lugones y Martínez Estrada, el *Martín Fierro* no es el mismo. Los lectores han ido enriqueciendo el libro.

Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros. Por eso conviene mantener el culto del libro. El libro puede estar lleno de erratas, podemos no estar de acuerdo con las opiniones de un autor, pero todavía conserva algo sagrado, algo divino, no con respeto supersticioso, pero sí con el deseo de encontrar felicidad, de encontrar sabiduría.

Eso es lo que quería decirles hoy.







apasionante experimento literario, una obra a la vez policial, psicológica y metafísica, la novela en verso más densa de la historia.

Quiero utilizar estos ejemplos para argumentar algunas verdades muy sabidas pero que siempre reclaman repetición: leer es mucho más que lo que nos enseña la alfabetización; leer es mucho más que organizar las sílabas y reconocer las palabras. Leer es un arte creador, sutil y excitante, es una fuente de información, de conocimiento y de sabiduría, y es también una manía, una obsesión, un tranquilizante, una distracción y sobre todo una felicidad. Hay personas desdichadas a las que se les enseña a descifrar lo que dicen las cartillas, y con ello se piensa que se las ha enseñado a leer. Pero es posible que nadie haya tenido la generosidad o la lucidez de iniciarlos en el placer de leer, en el goce de asomarse a mundos desconocidos, nadie les reveló que un libro puede ser tan estimulante y asombroso como un viaje, nadie los inició en el deleite de sentir la resonancia mágica de las palabras, el agrado de las frases bien construidas, la dicha de las historias bien contadas, el alivio de las emociones expresadas con intensidad y elocuencia, la perplejidad de las resonancias inusitadas del lenguaje, y la gratitud de ver ideas pensadas con rigor y comunicadas con claridad y con belleza.

Crear lectores es mucho más que transmitir una técnica: es algo que tiene que ver con el principio del placer, con las libertades de la imaginación, con la magia de ver convertidas en relatos bien narrados y en reflexiones nítidas muchas cosas que vagamente adivinábamos o

intuíamos, con la alegría de sentir que ingresan en nuestra vida personajes inolvidables, historias memorables y mundos sorprendentes. Por eso el peor camino para iniciar a alguien en la lectura es el camino del deber. Cuando un libro se convierte en una obligación o en un castigo, ya se ha creado entre él y el lector una barrera que puede durar para siempre. A los libros se llega por el camino de la tentación, por el camino de la seducción, por el camino de la libertad, y si no hemos logrado despertar mediante el ejemplo el apetito del lector, si no hemos logrado contagiar generosamente nuestro propio deleite con la lectura, será vano que pretendamos crear un lector por la vía de forzarlo a leer. Yo creo que no se trata de lograr que alguien lea finalmente un libro, el desafío está en iniciar a alguien en una vida para la cual los libros sean luz y compañía, tengan la frecuencia de un alimento y la confianza de una amistad.

Es difícil que llegue a ser un buen lector alguien que no sienta el asombro de las palabras, y que no sea consciente de su poder. Pero la verdad es que prácticamente no hay persona que no crea en el poder del lenguaje y que no sea sensible a su influencia. Una prueba palpable está en los insultos: hasta el más prosaico de los seres humanos se indigna al escuchar un insulto, y da muestras de una gran sensibilidad ante los frutos de la imaginación, porque si alguien proclama con respecto a él o a alguno de sus seres queridos una acusación cualquiera, aunque no sea verdad, el ofendido reaccionará con indignación y hasta con violencia. Cierta escritor decía que hay personas tan pobres de



imaginación que su capacidad de insultar se agota en descubrir la misma profesión en las madres de todos. Pero lo conmovedor es que haya personas que se dejen afectar por recursos tan estereotipados y primitivos, y les concedan la limosna de su indignación. ¿Por qué nos afectan las cosas imaginarias? Hasta en esas aparentes pequeñeces se revela el poder del lenguaje y su efecto continuo sobre nuestra vida. A diferencia de otras artes, como la música o la pintura, cuyo material es cosa de expertos, el material de la literatura son las palabras que maneja cada día el común de los seres humanos, y su eficacia depende de que, utilizándolas con el mismo sentido y con el mismo poder de representación que tienen en la vida cotidiana, logren conmover y ser portadoras de revelaciones.

Se puede pasar por la vida sin leer libros, y ello no equivale necesariamente a ignorancia o desdicha, aunque yo personalmente creo que la felicidad de quien sabe leer es mucho más rica, matizada y diversa. Por supuesto que hay saberes que nos entrega la tradición, y saberes que obtenemos de una relación viva con los demás y con el mundo. Incluso algunos libros parecen flotar en el aire. Alguien decía que no hay quien no conozca “La Biblia”, “El Quijote” o “Las Mil y Una Noches”, porque son libros que están vivos en el espíritu de la cultura y en lo esencial todo el mundo sabe algo de ellos aunque no los haya leído. Pero hay una distancia enorme entre conocer el argumento de una historia o el perfil de un personaje, y deleitarse con el lenguaje en que esas historias nos son contadas y esos personajes nos son revelados.

A pesar de que hay muchos caminos para la transmisión de saberes, tradiciones y sentimientos, hace siglos el mundo occidental convirtió a los libros en su principal instrumento para conservar y compartir la memoria, para transmitir tradiciones, para crear realidades nuevas, para pensar, e incluso para realizar intercambios entre culturas distintas. Hasta el momento en que fue inventada la imprenta, aunque hacía siglos que existían los libros, la tradición oral fue en Europa el instrumento de la memoria y también de la creación. Con la imprenta llegó también la democratización de los libros, el auge de la lectura, y ese símbolo de la modernidad que es el lector solitario y silencioso. Uno de los primeros lectores de esta nueva época fue Montaigne, cuyos ensayos son comentarios y variaciones sobre numerosos textos de autores clásicos. Tal vez lo más típico de esas obras es el modo como Montaigne alterna reflexiones que nacen en su alma y observaciones que ha hecho sobre mundo y la conducta humana, con ideas que le han iluminado los libros. Para ejemplificar la idea de que el hombre es cosa vana, variable y ondeante, Montaigne recuerda la historia de un famoso guerrero, de quien se dijo que “entró en la batalla como un león, se movió por ella como un zorro, y fue asesinado como un perro”. Montaigne es un lector que aprovecha, pero también ahonda e ilumina, los textos que visita.

Otro ejemplo de autor que es también un gran lector sería Shakespeare. Este siempre nos obliga a pensar en el elemento estético de toda lengua. La mayor obra artística de cada lengua es por supuesto la lengua misma, y en



el caso del inglés, la más alta de sus obras, la de Shakespeare, es en primer lugar un mostrario de las posibilidades increíbles de esa lengua. Su vocabulario, su capacidad expresiva, su musicalidad, la riqueza de sus matices, la profusión de estados anímicos que sugiere, su capacidad para encarnar las voces, es decir, las almas, de tantos seres distintos, su elocuencia, encuentran en Shakespeare una medida perfecta. Hasta su capacidad de insultar es envidiable, como cuando Lady Ana maldice a Ricardo, el asesino del rey Enrique: *Ah, maldita sea la mano que hizo estos agujeros, maldito el corazón que tuvo corazón para hacerlo, maldita la sangre que dejó escapar de aquí esta sangre. Más triste suerte tenga ese odiado miserable que nos hace miserables con tu muerte, de la que puedo desear a víboras, arañas, sapos, o cualquier otro ser envenenado que viva!* Antes de Shakespeare ya existían en la lengua todas esas posibilidades, y son más bien ellas las que lo hicieron posible, pero es curioso que Shakespeare no era muy hábil para inventar historias, y su talento consistió más bien en llevar a su total plenitud historias de otros. Casi todos sus temas los tomó de la tradición, de las Gestas Danesas como Hamlet, de las viejas crónicas inglesas de Hollinshed, como Macbeth, del repertorio dramático popular como Romeo y Julieta. Y él se encargaba de convertir unas piezas interesantes y llamativas en obras maestras de la penetración psicológica, de la elocuencia y de la fuerza literaria.

Es en el arte combinatoria donde surge lo nuevo. Todas las palabras que forman la tragedia de Hamlet existían antes de Shakespeare, sin

embargo esa tragedia enriqueció a la humanidad de un modo indecible. Una manera particular de organizar las palabras, permite que a través de esos órdenes nuevos aflore en cada lengua un mundo de percepciones originales, de músicas desconocidas, de ideas renovadoras, e incluso el perfil de unos seres que terminan siendo más memorables que los seres de carne y hueso. No sabemos si Jesucristo habrá existido como personaje histórico, y los filósofos del siglo XVIII se esforzaron en vano por demostrar que no, pero lo que sí sabemos es que el Jesucristo que protagoniza los Cuatro Evangelios es uno de los personajes más vivos, inquietantes y originales de la civilización occidental. Don Quijote tal vez no cabalgó jamás por las llanuras pedregosas de Castilla, pero lo conocemos mucho mejor que al pobre expresidiario que lo inventó y todos los días se escriben sobre su carácter y sobre sus palabras muchas más páginas que las que se escriben sobre muchos personajes históricos.

¿Cómo pueden esos organismos hechos de papel y palabras llegar a tener más peso en la historia que los seres de carne y hueso? Es uno de los secretos de la literatura. Después de haber vivido minuciosamente en el mundo, las generaciones caen como las hojas de los árboles y se borran en el tiempo sin dejar huella. Los vivientes que llegan vuelven a pensar en la cólera de Aquiles y en las astucias de Ulises; en ese guerrero mortal de la Ilíada que se atrevió a arrojar su lanza contra una diosa; en esa maga que convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises; en ese viejo con sombrero de alas de cuervo que hundió su espada en el tronco de un



roble en la sala de Volsung; en el joven príncipe afgano que dirige al ejército de los monos y que visita el palacio del rey de los pájaros en un cuento de las Mil y Una Noches; en Helena de Troya, a quien le fue dada la mitad de la belleza que se había destinado para los humanos; en la pobre Ofelia, que se arroja al agua cantando y se desliza atrapada por los nenúfares; en ese poeta belicoso que está condenado en un pantano del infierno a llevar en la mano su propia cabeza cortada, colgando del cabello como una linterna; en ese hombrecito checo que despertó una mañana convertido en un insecto; en ese hombre de Buenos Aires que no podía olvidar, y que pasaba las tardes agobiado por la minuciosidad intolerable de su memoria infinita.

La literatura está llena de prodigios: de lámparas mágicas y de anillos poderosos, de capas de la invisibilidad y de magos aterradores, de gatos horrendos como el Plutón de Edgar Allan Poe y de gigantes disparatados como Gargantúa, de islas asombrosas como el peñón magnético contra el que se estrellan las embarcaciones, y de países extraños como ese de los viajes de Gulliver, cuya capital está en un peñasco que flota en el cielo, pero también está llena de seres entrañables como esa jovencita jamaicana que encarnó siempre para los colombianos la imagen del amor, María, que hablaba con susurros y con sobreentendidos y que se cubría con pudor insinuante los pies desnudos como si fueran un pecado; de seres inolvidables como una joven de Conrad que aplaca las tormentas del Pacífico con la música de su piano; de criaturas de sueño como el José de Thomas Mann, que entra casi



mágicas, que el lenguaje es también peligroso y equívoco.

Por eso, más perturbador aún que leer historias armoniosas y coherentes, de corte clásico, que satisfacen apaciblemente la memoria y la imaginación, la sensibilidad y el pensamiento, es adentrarse por los reinos de la poesía, donde no siempre impera la lógica, ni el orden, ni la sucesión temporal, como en la casa del sombrerero loco de “Alicia en el País de las Maravillas”, donde primero se comen el pastel y después lo parten, o como en el episodio del gato de Cheshire, de ese libro, que está en las ramas de un árbol y sonríe, y al sonreír va desapareciendo, de modo que Alicia tiene que decirse moviendo la cabeza: “Qué raro, yo muchas veces he visto un gato sin sonrisa, pero es la primera vez que veo una sonrisa sin gato”. En el reino de la poesía hay navíos, como el “Barco Ebrio” de Rimbaud, que se va sin tripulantes en busca de mundos desconocidos, y que después cuenta el desorden fantástico de su viaje: *Ví cielos reventados de rayos, marejadas/ resacas y huracanes, en el nocturno abismo/ vi el pueblo de palomas de auroras exaltadas/ vi a veces lo que el hombre creyó haber visto el mismo./ Soñé en la noche verde con nieves infinitas,/ besos que hasta los ojos del agua se levantan,/ con la circulación de savias inauditas/ y el despertar azul de fósforos que cantan./ Glaciares, blancos soles, cielos en ascuas, frescas/ olas, atolladeros en los golfos profundos/ donde la chinche roe serpientes gigantescas/ caídas de los árboles entre aromas inmundos/*. Pero también hay comprobaciones abrumadoras de la tragedia y de la urgencia de vivir, como aquellos versos

de Rubén Darío: *Gozad del sol, de la pagana/ luz de sus fuegos/ gozad del sol, porque mañana/ estareis ciegos./ Gozad de la celeste armonía/ que Apolo invoca,/ gozad del canto porque un día/ no tendréis boca./ Gozad de la vida que un/ bien cierto encierra,/ Gozad porque no estáis aún/ bajo la tierra/*. O esos versos de Baudelaire que no dejan consuelo: *Bientot nous plongerons dans les froides tenebres/ Adieu, vive clarté de nos étés trop courts!/. (Pronto nos hundiremos en las frías tinieblas/ Adiós claridad viva de nuestros veranos demasiado cortos)*. O ese verso de Boileau que nos hace sentir el vértigo del tiempo que huye: *Ce moment ou je parle est deja loin de moi (Este instante en que hablo ya está lejos de mí)*.

Los griegos sentían que la memoria es la madre de las musas. Ello equivale a afirmar que todas las artes son hijas de la memoria. Y tal vez en nuestra memoria personal está guardado no sólo minuciosamente todo aquello que hemos vivido sino también toda una red de saberes y de respuestas acumuladas por las generaciones y por las especies. Hay quien dice que están en nosotros la memoria del pez y la memoria del reptil, que hay ciertas reacciones de miedo o de violencia que no nacen de nuestra experiencia personal sino del abismo de los milenios. Y por lo pronto es evidente que el miedo, como el amor, como la tristeza o el deseo, son estados comunes a todos los seres humanos y en esa medida son cosas que no inventamos nosotros sino que las recibimos como recibimos los ojos que ven y los pulmones que respiran. Pero también parece evidente que no hay instrumento más hábil para la memoria que el lenguaje. Todo lo que nos

ha ocurrido tal vez perdura en nosotros pero sólo puede compartirse cuando esa memoria se elabora en palabras.

Algunas de las verdades más profundas y más poderosas que haya poseído la humanidad fueron acuñadas por una alianza de la memoria con la imaginación: sólo así nacieron o se manifestaron los mitos, los héroes legendarios y los dioses. Hace un rato hablaba de cómo los filósofos del siglo XVIII francés, Voltaire incluido, pensaban que era posible refutar la divinidad de Cristo demostrando que no había pruebas de su existencia histórica. Pero cuanto más argumentaban que Cristo no había existido como un barbado caballero hebreo junto a los lagos de pescadores de hace veinte siglos, tanto más admirable resultaba que un hombre tan improbable en su época fuera un dios tan poderoso en la historia. Ese es el secreto del mito, que no puede ser refutado por la razón, y para reinar sobre veinte siglos de historia humana Jesucristo no necesita siquiera existir, en el sentido en que existimos nosotros. Estamos hechos de materia y de ansiedad, de sangre y de sueños, y somos sustancia dócil para el olvido, en cambio nuestras palabras, cuando son verdaderas, cuando son bellas, cuando son inspiradas, cuando son creadoras, pertenecen al reino de la memoria, y saben engendrar músicas más imborrables y criaturas más perdurables que la carne y la sangre. A ese reino de seres conmovedores, de historias sencillas e imborrables, de objetos indescifrables, de regiones inesperadas y de verdades ineluctables, es a donde nos llevan siempre los libros, y tal

vez es ese el mundo real, en tanto que el mundo nuestro es firme y cierto, es práctico y urgente, y lo habitamos llenos de fe, pero no ignoramos que está destinado a borrarse definitivamente, como la cierva blanca del soneto de Borges con la que quiero terminar estas digresiones:

De qué agreste balada de la verde  
Inglaterra/ de qué lámina persa, de qué región  
arcana/ de las noches y días que nuestro ayer  
encierra/ vino la cierva blanca que soñé esta  
mañana?/ Duraría un segundo, la ví cruzar un  
prado/ y perderse en el oro de una tarde ilusoria/  
leve criatura hecha de un poco de memoria/ y  
de un poco de olvido, cierva de un solo lado./  
Los númenes que rigen este curioso mundo/ me  
dejaron soñarte peron no ser tu dueño/ tal vez en  
un recodo del porvenir profundo/ te encontraré  
de nuevo, cierva blanca de un sueño/. Yo también  
soy un sueño, fugitivo, que dura/ unos días más  
que el sueño del prado y la blancura.



# ¡Eso es la pedagogía!

Alexander Calandra\*

Hace algún tiempo recibí la llamada de un colega que me solicitaba ser árbitro en la corrección de un examen. El estaba seguro de calificar con cero a un estudiante por su respuesta a una pregunta de física, mientras que el estudiante aseguraba que debería recibir la totalidad de los puntos previstos, a menos que el, “sistema” estuviese en contra suya. El profesor y el estudiante se habían puesto de acuerdo en someter el caso a un árbitro imparcial, y me eligieron como tal.

Fui al despacho de mi colega y allí leí la pregunta del examen:

*“Demuestre cómo es posible determinar la altura de un gran edificio con la ayuda de un barómetro”.*

El estudiante había respondido:

*“Suba el barómetro al techo del edificio, amárrelo a una cuerda larga, descuélguelo hasta la calle. Enseguida vuélvalo a subir, y mida la longitud de la cuerda. La longitud de la cuerda equivale a la altura del edificio”.*

---

Profesor de la Universidad de Washington. Septiembre de 1979.



Hice notar que el estudiante tenía un argumento bastante plausible para que le fuera otorgada la totalidad de los puntos, puesto que había respondido completa y correctamente a la pregunta formulada. Pero si tal calificación le era asignada, quedaría en ventaja sobre los demás alumnos. Sugerí entonces que el estudiante tuviese una nueva oportunidad para responder a la misma pregunta. No me sorprendió que mi colega estuviera de acuerdo, pero me asombró que el alumno asumiera una posición similar.

Concedí entonces al estudiante seis minutos para que pudiera responder a la pregunta, advirtiéndole que la respuesta debía demostrar un cierto conocimiento de la física. Transcurrieron 5 minutos y no había escrito nada. Le pregunté si quería abandonar la prueba, pero respondió “No”. Tenía varias soluciones al problema y estaba tratando de definir cuál sería la mejor. Me disculpé por interrumpirlo y le pedí que continuara. En el minuto siguiente, garrapateó esta respuesta:

*“Lleve el barómetro al techo del edificio e inclínese sobre el borde; deje caer el barómetro y mida el tiempo de su caída con un cronómetro. Luego calcule la altura del edificio empleando la fórmula  $S = at^2$ ”.*

Esta vez le pregunté a mi colega si aceptaba. Accedió, y asignó al alumno casi la totalidad del puntaje.

Yo me preparaba para salir, pero el estudiante me detuvo, diciéndome que tenía otras respuestas al problema. Le pregunté cuáles eran.





*“Probablemente la mejor”, dijo, “es tomar el barómetro y golpear a la puerta del administrador del edificio. Cuando éste responda, usted le dice de esta manera: –Señor administrador, he aquí un excelente barómetro. Si Ud. me dice la altura de este edificio, se lo regalo–”.*

En ese momento, le pregunté si conocía la respuesta convencional al problema. Ante la pregunta admitió que sí; pero argumentó que estaba harto de todos los maestros de secundaria que pretendían enseñar cómo pensar, cómo emplear el método científico, cómo explorar las profundidades de la lógica de un tema estudiado, y todo eso de una manera pedante, como sucede a menudo en matemáticas modernas, sin mostrar la estructura misma del tema tratado.

De regreso a mi oficina, reflexioné largo tiempo sobre este estudiante. Mejor que todos los informes sofisticados que hasta entonces había leído; acababa de enseñarme la verdadera pedagogía, la que se apega a la realidad. Con jóvenes como éste, no le temo al futuro.

# El negocio de leer

## Pedro Laín Entralgo\*

Aunque sea tan ampliamente conocida, no parece inoportuno recordar una vez más la de la palabra “negocio”. Llamaron los griegos al ocio *skhole* y al negocio, *a-skholía*, privación del ocio. Como calcando esta oposición semántica, los romanos crearon los términos *otium* y *nec-otium*; pero no se entendería cabalmente el sentido originario del “ocio” y el “negocio”. si no se advirtiese que la palabra griega *skhole* significa también “asociación sabia” o “escuela” y que de ella proceden inmediatamente la *schola* de los romanos, en su doble sentido de “ocupación intelectual” y “lugar donde se enseña”, y –sólo en el segundo– nuestra “escuela”.

Según esto, ¿qué era el negocio para el hombre antiguo? Nada más claro: era lo que impide el ocio, la ocupación que, por tener su fin en la satisfacción de las necesidades “inferiores” de la naturaleza humana –alimento, casa, transporte, vestido: en definitiva, dinero–, quita tiempo para el adecuado cultivo de la perfección mental y estética de la persona; ese *otium* que asociado a la *dignitas* constituiría la verdadera excelencia del hombre. *Otia nostra*, llamaba Ovidio a sus creaciones poéticas.

\* Ensayista y médico español.

Tomado de la revista Libros de México, N° 45, oct-dic. 1996.  
En 1984, el 22 Congreso de la Unión Internacional de Editores, celebrado en la Ciudad de México y organizado por la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (Caniem), tuvo como protagonistas lo más granado de la edición mundial, participaron también en él personas de la talla de Pedro Laín Entralgo, quien a la sazón dirigía la Real Academia Española de la Lengua. Para abrir una de las sesiones Laín Entralgo leyó el texto que a continuación presentamos



Pero, abolida la esclavitud, y con ella la posibilidad de relegar al esclavo las faenas serviles, proclamada luego por el mundo moderno la dignidad del trabajo –“Trabajar es orar”, escribió Carlyle–, negocio va a ser la ocupación que, además de promover la creación de una obra socialmente bien aceptada, permite a su titular el esforzado conquista del tiempo libre –el ocio– que a una exigen la práctica de la diversión y el cultivo de la perfección. Con el fácil recurso de la desmesura irónica, así lo declara en España una difundida ingeniosidad: “Negocio que no da (dinero) para levantarse a las once, no es negocio”. Frase de la cual podría ser luciente anverso esta otra: “Negocio que no da (tiempo) para leer un libro cada semana, no es negocio”.

Se trata ahora de saber en qué consiste el negocio de leer. Más precisamente: por qué puede ser buen negocio el empleo lectivo del ocio que con nuestro trabajo podamos adquirir. ¿De qué modo será buen negocio la lectura? Mi respuesta –esquemática y profesoral respuesta– dice así: “Será el leer negocio, buen negocio, cuando por la vía de la dirección o por la del estudio regale al lector mundo, compañía y libertad, y por añadidura le conceda la posibilidad íntima de ser él mismo, de ser de otro modo y ser más”; o veamos cómo.

## Regalo del mundo

Hasta la saciedad se nos ha dicho desde hace medio siglo que, para el hombre, existir es “ser en el mundo”. Sin mundo, sin que una parcela del mundo pertenezca a la persona del



nuestro mundo. Actual o potencialmente, todo un vasto capítulo de la producción editorial tiene como misión el incremento constante de lo que es mundo en nuestra vida y en nuestro ser.

¿De qué modo acontece ese enriquecimiento? El simple examen de la enumeración precedente permite advertir que los libros nos regalan mundo por dos caminos distintos, bien que complementarios: la descripción y la intelección. La descripción transmuta en símbolos verbales la impresión inmediata de la realidad descrita. A título de ejemplo, recordad cómo las páginas finales de *Paz en la guerra* aumentan nuestra provisión de mundo y nos hacen estéticos poseedores del paisaje vizcaíno. Pachico Zabalbide, trasunto literario del Unamuno adolescente, asciende la cumbre del Pagazarri y va contemplando lo que ante él aparece: “Empieza a escalar la montaña. Según la sube, va desplegándose a sus ojos como algo vivo al panorama... Llega por fin a la cima, reino del silencio y abarca con la mirada la vasta congregación de los gigantes de Vizcaya que alzan sus cabezas los unos sobre los otros, en ondulante línea de donde se despliega el cielo... Sobre las muelles curvas de los montes terrosos, chatos y verdes, yérguense las cresterías recortadas de los blancos picachos desnudados por las aguas seculares...” A las almas vital y estéticamente formadas en la meseta castellana o en la pampa argentina, ¿no es cierto que estos párrafos pueden añadir un trocito nuevo de mundo? Sin daño para nadie, al contrario, con bien de todos, la prosa y el verso descriptivos nos hacen íntimamente dueños de todo lo visible.



filósofo unamuniano de *Amor y pedagogía*, admiraba a sus oyentes diciéndoles que conocer científicamente es “catalogar el Universo para devolvérselo a Dios en orden”. Más modesto que este aspirante a ordenador del divino desorden de las cosas, el hombre de ciencia –y con él quienes, leyéndole, saben rehacer *in mente* lo que él hizo– nos descubre la creadora capacidad de nuestra inteligencia para entender ordenadamente la realidad que vemos y tocamos.

El libro ofrece en estos casos nuevos fragmentos de mundo y vías nuevas para adentrarnos en ellas y, en los que sólo muy insuficientemente, conocíamos antes; vías que pueden ser la simple ordenación clasificatoria del botánico, la explicación racional del físico y la adivinatoria comprensión del psicólogo, cuando es la conducta de un hombre lo que como tal psicólogo pretende conocer. Libros de viajes, novelas esmaltadas de páginas descriptivas, manuales, monografías y tratados de ciencias naturales y de ciencias humanas; mil y mil cauces por los cuales, sin moverse del sillón de sus ocios, todo lector de alma porosa puede acrecer el área y el contenido de la parte de su realidad que él con toda propiedad llama “mi mundo”. Desde los papiros en que Herodoto contó lo que en sus viajes había visto, así viene sucediendo.

## Regalo de compañía

El hombre, tal es uno de los motivos más centrales del drama de su existencia, está forzado a la soledad y exige al mismo tiempo la compañía. Los filmes de Antonioni han presentado con





acompañarle –en términos más generales y más profundos: aunque la decepción siempre puede hacemos vivir dolorosamente la constitutiva soledad que lleva consigo el ser persona–, toda compañía es real mientras creemos en la sinceridad de quien nos la presta. Sensiblemente real, con la fuerte realidad exterior de lo percibido mediante los sentidos –del precepto–, cuando la sentimos a través de la presencia visible y audible de alguien que nos quiere y a quien queremos; imaginativamente real, con la sutil realidad intranímica del ente de ficción –del ficto, según la precisa terminología del Zubiri–, cuando la vivimos tratando a solas con el recuerdo de una persona querida, con la anticipación de su presencia, si estamos esperándola, o con los personajes que discurren por las páginas de un libro gustosamente leído. Esta es la peculiar compañía en que tiene su segundo capítulo el negocio de leer.

Tres modos distintos veo yo en ella. Hállase en primer término la casi sensible compañía que nos ofrece el autor de un libro, cuando como tal aparece en sus páginas. Viene luego la más alquitarada que nos brindan los personajes de ficción: Don Quijote y Segismundo, Robinson y Tom Sawyer, d'Artagnan y Julián Sorel. Existe, en fin, aunque más problemática y mucho menos perceptible, la que nos conceden, cuando alcanzan verdadera excelencia, los autores de libros didácticos.

Como de bulto, con esa instante proximidad de alguien a quien podemos llamar “tú” se nos muestran los autores de autobiografías y de epistolarios; y casi tan

vivamente como ellos –que bien supieron advertirlo y explotarlo Stefan Zweig y André Maurois– las personas muertas a las que una buena biografía literariamente resucita. Aunque el autor de una carta preste ante todo su compañía al destinatario de ella, ¿no es cierto que también, en cierta medida, acompaña a cualquier lector, cuando es un fragmento de genuina vida personal y no un simple asuntillo negocioso lo que la carta dice? Y aunque sea el autor de la biografía quien más directa e intensamente goce la íntima compañía del hombre a quien con su saber y su arte ha hecho revivir, ¿verdad que también el lector de ella siente con auténtico deleite, con simple interés o con algún espanto, según los casos, que ese hombre le acompaña, puebla ocasional e inéditamente su vivida soledad?

Más detenida reflexión merece el testimonio autobiográfico, especialmente si se le considera como expresión de la actitud del autor ante sí mismo y de la intención que le ha movido a poner negro sobre blanco lo que de sí mismo ha querido decir.

Un hombre se decide a hablar a los demás acerca de su vida. ¿Qué ha podido moverte a tan peregrina empresa? ¿Por qué y a quién cuenta un hombre lo que acerca de esa vida suya juzga oportuno contar? Tres cardinales respuestas son posibles, correspondientes a los tres posibles modos de ser real la persona: Dios o un sucedáneo de Dios, uno mismo y los demás hombres. De lo cual nacen las tres fundamentales especies del género autobiográfico, las confesiones, los diarios íntimos y las memorias.

Frente a este modo de entender las confesiones autobiográficas, alguien dirá que, si un hombre escribe recuerdos e interpretaciones de sí mismo para que luego sean leídos es a los demás hombres o a un particular grupo de ellos a quienes inmediatamente destina su narración. Pero hablando inmediatamente a hombres, el confesor de sí mismo puede dirigirse en última instancia al Dios personal en que cree o a la humanidad entera, en cierta manera divinizada.

Muy explícita y deliberadamente, aquél fue el propósito de San Agustín. “Es, a tu misericordia, y no al hombre, mi burlador, a quien hablo”, dice expresamente a Dios, a su Dios, en una página de sus *Confesiones*. Y añade en otra:

*“¿Qué tengo yo que ver e los hombres para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis enfermedades?... ¿Por qué quieren oír de mí quien soy, ellos que no quieren oír de Ti quienes son? ¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, si les digo verdad, siendo así que ninguno de los hombres sabe lo que pasa en el hombre (en otro hombre), si no es el espíritu del hombre, que existe en él?”*

Profundas, importantes palabras para edificar una teoría del conocimiento del prójimo. Pero vengamos a lo nuestro. Agustín confiesa su vida a Dios, y mediante la confesión de sí mismo y de su fe trata de justificarse ante Él; con lo cual los demás hombres no pasan de ser testigos de esa confesión, o acaso Beneficiarios de ella, si quieren leerla para su edificación propia. Tal es el



siempre, junto a lo que a nuestros ojos somos, lo que para nuestros ojos –para nosotros mismos– queremos saber. Pero, de uno u otro modo matizadas la sinceridad y la verdad de ellos, los diarios íntimos muestran siempre al lector un “tú” que le ofrece grata o ingrata compañía. Y como los diarios íntimos, las memorias, los libros en que un hombre cuenta a los demás una parte de su propia vida. Es cierto, sí, que él autor de memorias suele componerlas para lograr justificación de corto alcance (no la absoluta y radical justificación, con sus luces y sus sombras, que persiguen las confesiones), prestigio de plazuela (ese que proporciona el “que hablen de uno”) y granjería inmediata (el lucro rápido *del best-seller*, si a tanto se llega, o el puesto apetecible); mas también lo es que el lector de ellas, despectiva o -irónicamente en tantas ocasiones, solidariamente en otras, admirativamente en algunas, vive dentro de su alma la compañía de la persona que las escribió.

Regalan a sí mismo compañía los personajes de ficción, que tan abundantemente ofrece la lectura. Al lector del *Quijote* le acompaña, bien para sólo estar junto a él, según lo que de ellos Cervantes nos dice, bien para dialogar con ellos, si como lector es imaginativo y ocurrente, además de ser receptivo, Don Quijote, Alonso Quijano, Sancho o los tres a la vez: y como Don Quijote al amigo de Cervantes, Oliverio Twist acompaña al de Dickens, Fortunata al de Galdós y Don Juan Manuel de Montenegro al de Valle-Inclán. Todo personaje literario recia y coherentemente compuesto tiene un peculiar modo de realidad, e



terminar mi bachillerato la debía en buena parte a la claridad y al buen método de un libro de texto compuesto por un señor de1 cual sólo conocí y sólo conozco el nombre, don Adoración Ruiz Tapiador, y la profesión, catedrático de Enseñanza Media. Pues bien: desconocido para mí como persona, invisible e inimaginable, salvo en su condición de claro y metódico expositor didáctico, don Adoración Ruiz Tapiador me ha acompañado cuantas veces, a lo largo de mi vida, ha sido el álgebra objeto de mi atención. Conste aquí mi añejo, casi infantil agradecimiento a la persona que llevó ese nombre.

## Regalo de libertad

Nuestra condición de entes libres no puede regalárnosla nadie, porque, en cualquiera de sus múltiples formas –la opción, la aceptación o el rechazo, la creación o el ofrecimiento–, la libertad es una de las más esenciales notas constitutivas de la realidad humana; pero el efectivo ejercicio de ella requiere conquista y aprendizaje, porque sólo es libre de hecho quien ha sabido conquistar la realización del libre albedrío y ha aprendido luego a usarlo para la personal edificación de su vida. Lo cual equivale a decir que al hombre puede ayudársele a ser libre, y puede quitársele, si no la posibilidad íntima, sí la posibilidad social de serlo.

En este sentido, el papel de la lectura en la conquista y el aprendizaje de la libertad salta a la vista. Sin necesidad de pensar en ello, la lectura –la adecuada lectura– nos forma para el ejercicio de la libertad y nos incita a él, poniéndonos en el





impresa al dictado de un dogmatismo: rígido, cualquiera que éste sea, lo que sus ciudadanos leen no les enseñará a ser libres. La experiencia que a este respecto nos ha traído, desde hace medio siglo, la historia del planeta no es precisamente consoladora. De poco servirá, sin embargo, la libertad que un Estado reconozca y garantice, por muy amplia que sea, si la sociedad por él regida no sabe utilizarla para el público ofrecimiento de lecturas que susciten ese gozoso deporte de la libre opción; más precisamente: si la sociedad no ofrece autores que por la vía de la imaginación o por la del pensamiento quieran emplear creadoramente, como tales autores, su libertad, y sepan ofrecer así metas o caminos al lector de su obra, y si no manifiesta su voluntad de ser libre como tal sociedad, dando realidad a una industria editorial diversificada, animosa e inteligentemente abierta a la del presente y a la promesa del futuro. Lo cual tampoco sería posible si la educación –primario deber de la sociedad y el Estado– no hubiese promovido la existencia de una masa de aficionados a la lectura capaces de encontrar en ella la diversión, la formación y la incitación que la lectura puede dar. En suma: en el negocio de leer tiene parte esencial el incremento de nuestra capacidad para ser íntima y socialmente libres; pero sólo mediante una ordenada cooperación entre el Estado, el mundo intelectual y literario, la industria editorial y una sociedad donde tenga suficiente vigencia la afición a la lectura, sólo así será posible la real existencia de ese sutil beneficio que la lectura otorga.

Más la libertad no consiste únicamente en poder optar entre dos o más posibilidades para hacer de una de ellas cosa propia, consiste también en descubrir o crear algo –un sistema filosófico, una ley física, un poema, un tema literario o un modo de escribir, una industria, un hábito social– que traiga alguna novedad a la situación histórica en que se vive. Quien por sí mismo inventa o descubre algo muestra ser íntima y socialmente libre, no ya optando entre las varias posibilidades que su mundo le ofrezca, sino lanzándose osadamente hacia la creación –hacia la cuasi-creación, precisará Zubiri– de posibilidades de vida que antes no existían. Tal es la clave real de la novedad histórica, sea ésta progresiva, cuando lo nuevo es mejor que lo viejo, o regresiva, cuando acontece lo contrario. Y examinando atentamente la historia y la estructura de la actividad creadora, ¿cómo no advertir que la lectura ha sido en muchos casos, en casi todos los casos, uno de sus más eficaces motivos? El talento el genio Dios los da a través de la constitución genérica de los hombres talentosos y geniales; pero el ansia de originalidad, sea no más que talentosa o llegue a ser verdaderamente genial la obra de ella resultante, viene casi siempre suscitada por la educación, y de ésta es principalísimo ingrediente la lectura, cuando se la practica con la ambición del émulo o con la sed del innovador. “¿Por qué yo, con mis personales dotes, no he de hacer tanto o más que el autor del libro que leo?”, se pregunta el émulo. Así leyeron muchos hombres del Renacimiento las obras de los autores de la Antigüedad clásica, y ese fue el á literatos



integrantes de la del 98 ante las creaciones de los novelistas, los poetas y los dramaturgos de la España de la Restauración y la Regencia. “¿Por qué este problema hasta ahora insoluble, no ha de encontrar solución hoy, y precisamente por obra mía?”, se dice a sí mi frente a la noticia de lo que, se hizo, el aspirante a innovador. Leyendo los resultados del experimento de Michelson y Morley, valga tan alto ejemplo, algo semejante a esto debió de decirse a sí mismo Albert Einstein, y ese fue el punto de partida de su teoría de la relatividad. En una o en otra forma, la lectura enciende o acrece nuestra libertad para la creación, aunque lo creado sea tan modesto como la introducción de un adjetivo nuevo o la invención de un modelo de botijo.

Novedades científicas, filosóficas, técnicas, económicas, políticas, sociales, literarias o institucionales, en el caso de los hombres dotados para la creación, y opciones ante la posibilidad de aceptarlas o rechazarlas, ya convertidas en bien social, para quienes hacen su vida eligiendo entre lo que su mundo les ofrece; tal es el copioso elenco del enriquecimiento en libertad que la lectura ofrece.

## **Ser yo mismo, ser de otro modo, ser más**

La radical soledad de la persona, de cada persona, se puebla de mundo y de compañía merced a los actos de opción, apropiación y creación que por modo egregio o humilde el ejercicio de la lectura, de cualquier lectura, una novela policíaca, un ensayo filosófico o un tratado de astrofísica,

suscita en el alma del lector. Nada más evidente. Pero, ¿en qué consiste ese enriquecimiento que alcanza la existencia personal del que la lee? ¿Qué ha pasado en la realidad de un hombre cuando la lectura le ha dado todo lo que le puede dar? Pienso que en la respuesta cabe discernir tres momentos entre sí complementarios: *ser uno mismo, ser de otro modo y ser más.*

El lector, claro está, sigue siendo el que era antes de leer, puede en consecuencia seguir diciendo “yo soy yo mismo”, si lo que quiere declarar es su identidad personal, o “yo soy yo y mi circunstancia”, según la conocida fórmula de Ortega, si lo que quiere es dar expresión a la entera realidad de su persona; lo cual no excluye que haya lecturas con las cuales ese tácito “yo soy yo mismo” gana muy especial intensidad ¿Cuándo y cómo?

Suele vivir el hombre, más o gustosamente entregado a lo que hace. Más gustosamente, incluso felizmente, cuando eso que hace pertenece a su vocación y es causa de placer; el caso del poeta cuando “le sale bien” el poema o el del deportista cuando está batiendo una marca importante. Con hartazgo, menos gusto, y hasta con íntimo malestar, cuando lo que hace contraría su vocación y, su afición; el caso de quien, haciendo algo porque se ve obligado a hacerlo, grita sin palabras dentro de sí mismo lo que con palabras y mediante su pluma gritó una vez Michelet: “¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!” En el primer caso, uno, “es” lo que hace; eso que hace llena sin resquicios toda su capacidad de ser. En el segundo, aunque su talento expresivo no sea el de Michelet, siente que su realidad se



parte en dos fragmentos, uno correspondiente a lo que es, por el hecho de hacer lo entonces hace, y concerniente el otro a lo que sería si hiciese lo que en entonces quiere hacer. Partición que se le revelará con total claridad cuando quede solo consigo mismo y en lugar de pensar en las musarañas, de recordar lo que le plazca o de planear una acción o una empresa futura, ponga su atención en su propia realidad –“se haga cuestión de sí mismo”, según la fórmula inmortal de San Agustín– y de uno u otro modo se pregunte: ¿Quién soy yo, qué soy yo?”

¿Quién soy yo, qué soy yo? Graves interrogaciones, a las cuales sólo puede responderse satisfactoriamente –nunca, sin embargo, con la palmaria evidencia con que afirmamos “la nieve es blanca” o decimos “yo me siento sano”– cuando en la respuesta se combinen mutua y armoniosamente dos momentos del conocimiento de sí mismo perfectamente discernibles: lo que uno sabe ciertamente acerca de sí mismo y lo que acerca de sí mismo sinceramente cree; porque sólo la armoniosa conjunción del saber y el creer da seguridad subjetiva a nuestros juicios y a nuestros actos, refiéranse a nosotros mismos o a nuestro mundo. Sin la menor inseguridad acerca del término de mi acción, yo salgo de mi casa para ir al teatro. ¿A qué se debe la total ausencia de inseguridad, la inmediata y entera seguridad íntima con que ejecuto lo que me he propuesto hacer? Obviamente, a la armoniosa conjunción de un saber y un creer: “sé” muy bien donde está el teatro al que quiero ir y “creo” sin sombra de duda que cuando yo llegue a él no se habrán



persona y en la superioridad de ella respecto de ese algo o de ese alguien, y esto es lo que en nosotros realmente sucede cuando el texto leído nos incita más bien a “reírnos de” que ha “reírnos con”. En tal caso la risa lectiva nos autoafirma en el “yo mismo” que somos; más exactamente en el “yo mismo” que creemos ser.

Más noble que la autoafirmación expresada por la risa es en principio la que manifiestan el asentimiento y la discrepancia. Asintiendo íntimamente a lo que leo, hago mía la opinión leída, y mi acto de asentir me confirma en lo que ya era yo, me autoafirma; enérgica y gustosamente puedo seguir y sigo siendo lo que soy. Discrepando libremente de lo que leo, el ejercicio de mi libertad me afirma con renovada fuerza –esa fuerza de cohesión intrapsíquica que revela el acto de decir “no” frente a lo que no es uno mismo– en la idea y creencia de lo que realmente soy. El asentimiento y la discrepancia de un lector ante lo que lee, en suma, son ocasión para que la respuesta íntima a la interrogación por su realidad personal –“¿Qué soy yo?”– pueda ser expresada con estas rotundas palabras: “Yo soy el que era, yo sigo siendo yo mismo”.

Pero el hombre sólo puede ser y es de hecho “el mismo”, aunque fanáticamente blasone de ser hombre de una pieza, realizándose de muy diversos modos; siendo en consecuencia lo que una vieja sentencia latina afirma: *idem sed aliter*, el mismo, pero de otro modo. Nada lo pone tan claramente de manifiesto como la aficionada entrega a ciertas lecturas, si nos tomamos la molestia de indagar con alguna sensibilidad lo que con ellas acontece en el alma del lector.

Hablaba yo antes del regalo de mundo y de compañía que con tanta frecuencia nos hace la lectura e ilustré mi acerto con argumentos de razón y de hecho. El goce de nuevos malos y la vivencia de compañía inédita son, sin embargo, algo más que un simple “estar en” el bosque que el libro me presenta y un mero “estar con” el San, Agustín, el Don Quijote o el Napoleón que el libro me ofrece, como si después de haberlo leído yo fuese exactamente lo mismo que antes de leerlo. Es decir: como si la experiencia lectora, además de enriquecerme poco o mucho, no hubiese modificado poco o mucho mi realidad. No es esto lo que sucede. La descripción del bosque nunca por mí visto despierta en mí la mínima y latente vocación de explorador o de viajero que en mí había y fugaz e imaginativamente me hace ser de otro modo sin dejar de ser yo mismo, como la lectura de las *Confesiones* de San Agustín me agustiniza, me convierte fugaz e imaginativamente en imitador de San Agustín, o me antiagustiniza, hace de mí un negador de toda efusión confesional, y la del *Quijote* me quijotiza o me antiquijotiza, y la de una biografía de Napoleón me acerca a Napoleón o me enfrenta con él. Leyendo, voy dentro de mí todo lo que imaginativamente puedo ser y toco el límite de lo que por falta de talento o de imaginación no puedo ser. Sigo siendo el mismo, sí, pero no lo mismo, y compruebo en mí lo que del alma humana decían los antiguos: que por obra del conocer —en este caso, del leer— es de algún modo todas las cosas.

Pero la realidad plenaria de los actos de ser de otro modo a que la lectura nos mueve sólo

puede ser descubierta teniendo en cuenta que, para el hombre, todo “ser de otro modo” es “ser menos hombre” o “ser más hombre”. Expresiones éstas que requieren breve exégesis.

Afirmar que la excelencia de un caballo en alguna de sus cualidades –velocidad, traza, vigor, arrogancia, etc.– le hace ser “más caballo” carece enteramente de sentido. En la línea de la cualidad en que descuella, esa excelencia le hace ser, sí, “mejor caballo”, no “más caballo”. Muy otro es el caso de los individuos de la especie humana. Como dice Zubiri el hombre es esencia abierta, y tanto a lo que hay como a lo que puede haber. Mediante su libertad y su inteligencia va realizando sin límite conocido. Perfecta o defectivamente, lo que por ser hombre es; y esto determina que en su realización biográfica e histórica pueda ser no sólo “mejor hombre” o “peor hombre”, también “más hombre” (cuando de modo más perfecto realiza lo que humanamente es) o “menos hombre” (cuando, pudiendo hacer lo contrario, malogra o deteriora las posibilidades reales de su inteligencia y su libertad). Con su vida y su obra, Francisco de Asís y Albert Einstein nos han permitido ser más hombres a quienes tras ellos vivimos, y en la serie de las sucesivas especies del género *Homo erectus*–*Homo habilis*, etc., la hominidad va siendo más profunda y más efectivamente real. Tal es la razón por la cual Nietzsche pudo hablar de la posibilidad de un “superhombre” y Quevedo inventar el verbo “deshombrecerse”. “Él (el hombre) la llama razón, mas tan sólo la emplea para ser más bestial que cualquier bestia sea”,



*“Nuestra tarea es acuñar en nosotros esta tierra provisional y perecedera, y hacerlo tan profunda, dolorida y apasionadamente que su esencia resucite en nosotros de modo invisible. Somos las abejas de lo invisible. Apresamos afanosamente la miel de lo que se ve para acumularla en la gran colmena áurea de lo que no se ve”.*

No contrariaría a Rilke oír, como remate de su hermosa metáfora, que en la palabra tiene su más elemental celdilla esa dorada e invisible colmena, que la lectura es el principal recurso para la construcción del panal y que el regalo de mundo y de compañía, la suscitación de libertad y la generosa y esclarecedora conquista de las tres máximas metas de nuestra vida personal –ser yo mismo, ser de otro modo y ser más– son los materiales mentalmente la componen.

## **Lectores, autores y editores**

Vengamos ahora a este acto, y por tanto a nosotros mismos, en honrosa y merecida representación de los autores de libros, uno de ellos, yo, he reflexionado ante vosotros, una asamblea de editores libres, acerca de los bienes que la lectura ofrece a quienes saben descubrir todas sus ricas posibilidades. En libertad y para dar a nuestras respectivas sociedades, por el camino de la libertad, la varia perfección que la lectura puede dar, autores, editores, lectores





Universidad del  
**Rosario**

Este cuaderno terminó de imprimirse  
en el mes de abril de 2019,  
se utilizaron las fuentes Pacifico, ITC Souvenir Std y Adobe Caslon Pro